

áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones; pero es más directo y, sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino se halla lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevaras y los Leyvas, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarán á Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se preparasen ó que huyeran, impidiéndonos, así, apoderarnos de sus armas. Si vamos por el camino de la Sierra, no nos sentirá nadie, y cuando acuerden estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escogemos el camino de la Sierra. Además, no llevaremos sino dos cañones de á cuatro y «El Niño,» que pueden cargarse en mulas.

—Señor, expresó Avila levantándose, tal vez sea contrario á las leyes militares solicitar servicio; pero debe disimularse el entusiasmo. Yo pido marchar con mi batallón ó solo.

—Y nosotros pedimos lo mismo, añadieron Valdovinos y Ayala.

—Sr. Coronel Avila, señores, contestó Morelos, en eso es preciso dejarme con entera libertad; todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación; en donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, Sr. D. Julián, debe quedarse representándome en el Veladero. Tal vez sea lo de más riesgo.

—Como usted lo ordene, manifestó Avila con respeto.

—Necesitamos saber, agregó Morelos, con qué auxilios podemos contar, además de los de Chilpancingo. Que llamen al Capitán Guerrero.

Guerrero se presentó.

—Sr. Capitán, le dijo Morelos; usted, que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos, se servirá decirnos si debemos contar allí con algunos partidarios.

—Señor, respondió Guerrero, me da vergüenza confesarlo; pero en mi tierra todos son contrarios. Los únicos insurgentes que había allí somos los que estamos en este campamento: no conozco á otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, sino los pocos ricos que hay allí y, sobre todo, el Cura D. Miguel Mayol, quien predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, ya sé que ese famoso Cura me pinta como al demonio; se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el catalán. Y no es el único; también Rodríguez Bello me presenta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Y luego que se hubo retirado Guerrero, continuó Morelos:

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de marchar. Aliste usted, Coronel Galeana, su Regimiento de Guadalupe para hoy á las seis de la tarde; que las compañías que hay en la Sabana se hallen dispuestas á incorporarse á las fuerzas que salgan de aquí, á fin de continuar por los Organos hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo. Señores: ha concluido la junta.

Los jefes se despidieron, y fué cada uno á dar sus determinaciones.

A las seis de la tarde avisaron á Morelos que las tropas estaban dispuestas para ponerse en camino.

Resonaba á lo lejos el sonido de los tambores.

Morelos y Avila salieron de la tienda de campaña.

Los cañones de Acapulco hacían oír sus últimos disparos.

—Son las salvas que anuncian nuestras victorias próximas, exclamó Morelos con entusiasmo.

Y mandó que le acercaran su caballo.

—Adios, Coronel, dijo á Avila antes de partir. Ya sabe usted que dejándolo en el «Paso á la Eternidad,» hago cuenta de que me quedo yo mismo.

—Señor, respondió Avila conmovido, si por desgracia llegase á usted la noticia de que El Veladero ha caído en poder del enemigo, puede usted rezar por mi alma, porque es seguro que yo seré entonces el que ha pasado á la eternidad.

Y sin poder por más tiempo contener su emoción, se arrojó en brazos de Morelos. Este lo estrechó fuertemente, y á pesar de la rigidez de su carácter, alejóse de aquel sitio con los ojos humedecidos por las lágrimas.

## CAPÍTULO II.

### LAS PRIMERAS VICTORIAS.

El camino que se extiende de Acapulco á Chilpancingo atraviesa una comarca de clima algo molesto y cálido, pero de vegetación lujosa y exuberante. La naturaleza ha concedido una sonrisa benevolente á esos terrenos afortunados del Sur de México, los cuales, vistos desde lo alto de las montañas que los dominan, hechizan el espíritu y proporcionan constantemente á la mirada deliciosos



encantos. Allí las siluetas de los elevados picos se dibujan sobre un océano de verdor, cuyas suaves ondulaciones imitan el manso oleaje de los mares en calma; los vientos lejanos agitan la verde alfombra, llevando en sus alas el perfume de los árboles en flor y haciendo respirar con delicia sus soplos balsámicos. Sobre las rocas ó en los valles, las flores, esas sultanas de los pájaros, esas vírgenes por las cuales hacen oír su melodía y sus armoniosos trinos, levántanse sonrojadas ante los tiernos acordes de sus amantes, y respetadas por las escarchas y por los hielos, al abrigo de los inviernos de las tierras más altas, bendecidas por los céfiros y por las estaciones, envían hacia el cielo el incienso de su reconocimiento, ofreciendo á ese cielo que les sonrío, el homenaje de sus colores más encantadores y de sus suspiros más dulces. Allí se encuentran sombras propicias al amor, grutas que invitan al reposo, cabañas rodeadas de árboles refrescantes. . . . ¡Cosa extraña! esa tierra que la naturaleza parecía haber destinado á la tranquilidad, el hombre iba á convertirla en campo de combate; las pezuñas de los caballos iban á aplastar aquellas flores que no reclamaban cultivo y que en su mudo lenguaje parecían pedir tan sólo que se las dejase crecer. Ese país en donde todo respiraba paz, la guerra iba á escogerlo para sitio de su feroz dominación; los campos iban á ser talados, las casas iban á ser presa de la destrucción y de las llamas. Y es que los habitantes de aquellas ricas comarcas preferían, como dice Tácito, las tempestades de la libertad á la tranquilidad de la servidumbre, habiendo enraizado fuertemente en sus espíritus las ideas grandiosas concebidas por Hidalgo.

Un grupo como de trescientos soldados de caballería llegaba á la hacienda de Chichihualco la mañana del 21 de mayo de 1811.

El dueño de la finca debía sin duda tener alguna noticia de la aproximación de aquella tropa, porque, á pesar de tener también gente armada á sus órdenes, lejos de tomar disposiciones hostiles, esperó tranquilamente en la puerta de la hacienda á los que se distinguían en el camino.

Los jefes de la expedición dejaron sus caballos, y uno de ellos se arrojó en los brazos del que esperaba en el zaguán.

—Víctor, le dijo.

—Leonardo, contestó el nombrado.

—Te presento al Coronel Galeana, manifestó el primero, indicando á la persona que lo seguía.

—Bien venido sea usted, señor Coronel. Aquí estamos todos á su disposición.

—Muchas gracias, compañero, respondió Galeana.

—Compañero! no tengo todavía ese alto honor.

—Su hermano de usted le trae el despacho expedido por el señor Morelos.

—El señor Morelos me honra demasiado. ¿Dónde lo han dejado ustedes?

—En la Brea, resistiendo á Fuentes, que nos persigue desde que salimos del Veladero. Tiene urgente necesidad de víveres para la fuerza.

—Se los mandaremos pronto, respondió D. Víctor Bravo; pero no es cosa que podamos hacer en este momento. Manden ustedes que desensille la tropa, comeremos, y arreglaremos después todo lo necesario. Pasemos á las habitaciones.

Y entraron en la casa de la hacienda, donde Galeana dió orden para que pudiesen descansar los soldados.

—Se quieren bañar los muchachos, dijo uno de los oficiales.

—Deje usted que lo hagan, agregó Galeana; pero que tengan sus armas prevenidas y al lado.

Aquella fué una disposición prudente, pues se aproximaba á la finca el Comandante Garrote, furibundo realista, á quien el Gobierno Español había confiado el mando militar en la extensa zona que cruza el Mexcala.

Garrote había mandado levantar en todas las poblaciones compañías de forzados, á los que bautizó con el pomposo título de patriotas, solicitando á los Bravos para que en Chilpancingo se pusieran á la cabeza de tal organización. Las convicciones de esta familia, favorables á la Independencia, la hicieron declinar una comisión semejante, y la negativa irritó de tal manera á Garrote, que resuelto á hacerla pagar cara, determinó ir á aprehender á los Bravos. Mas supo que tenían á sus órdenes alguna gente de su hacienda y de los alrededores, y entonces el Comandante español se apresuró á reunir fuerzas en Tixtla, y con ellas había salido con dirección de Chichihualco.

Hora y media después de haber llegado á aquella finca Galeana, la avanzada avisó que tropas enemigas estaban á la vista.

Galeana acudió inmediatamente al lugar del peligro; pero sus soldados aun se bañaban, y el río estaba situado á alguna distancia.

—Resistan ustedes en la hacienda, dijo á los Bravos, mientras yo voy por mi fuerza. —Y partió en seguida al galope de su caballo.

Los Bravos dieron desde luego sus disposiciones. Su gente era leal y valiente. D. Leonardo confió el mando de la izquierda á D. Víctor y el de la derecha á su hijo Nicolás.



Mientras tanto, Galeana corría precipitadamente en dirección al río. Cuando llegó á aquel lugar, se oían ya las primeras descargas. —«A las armas, muchachos, gritó; ni un momento de detención.» —Los soldados salen desnudos, y no tienen tiempo sino para tomar sus carabinas. Así corren al lugar del combate, llenos de entusiasmo. Galeana los anima con el gesto y con la voz.

Ya Garrote había comenzado el ataque, ya sus columnas marchaban en buen orden sobre las fortificaciones de la hacienda, cuando de repente se oyen tiros á retaguardia. Las tropas de Galeana, formadas de negros de la costa, con el cuerpo relumbroso por el baño y por el sol, arrójense con furia contra los auxiliares de Tixtla. —«Son los diablos que salen del infierno,» gritan algunos de éstos. El pánico se comunica. Y como en aquel instante los Bravos salen de sus improvisadas trincheras, el desorden llega á su colmo y Garrote tiene apenas tiempo para escapar á uña de caballo, quedando el terreno cubierto de fusiles que se abandonan, de municiones y de pertrechos, y de realistas que se desbandan por todas partes.

La victoria fué completa. En la tarde de ese mismo día, un correo se aprestaba para ir al campamento de Morelos.

—En vez de víveres, dijo Galeana á los Bravos, le mandamos la noticia de nuestro triunfo. Estoy seguro de que la prefiere, y que dentro de dos días lo tenemos entre nosotros.

Morelos, en efecto, dejando una corta fuerza que entretuviera á Fuentes, vino á reunirse con Galeana y los Bravos, á los que estrechó entre sus brazos, felicitándolos por las ventajas obtenidas.

—Es preciso no perder tiempo, dijo. Esta misma tarde á Chilpancingo. Allí armaremos alguna gente con los fusiles arrancados á Garrote, y desde luego sobre Tixtla, á no dar lugar á que el enemigo se reponga.

Esta determinación se cumplió puntualmente, y el 26 de mayo las fuerzas insurgentes se apoderaron de Tixtla.

En el mismo tiempo Fuentes había avanzado de la Brea y, sabiendo los malos sucesos de Garrote, fué á situarse á Chilapa.

Chilapa era la población más importante de aquel rumbo, distando sólo cuatro leguas de Tixtla.

Fuentes llevaba como consejero al Oidor Recacho, aquel mismo que, viéndose cercado en la Barca, se había salvado de las fuerzas de Godínez haciendo que el Cura saliera con la custodia en un coche y siguiéndolo él con su Ejército en procesión.

Tal ardid le había dado entre los españoles fama de hombre de ingenio. Fuentes le había concedido toda su confianza. —Inven-

te usted, señor Oidor, para vencer á Morelos, alguna estratagema como la de Jalisco, le dijo.

—Como la de Jalisco, no, contestó Recacho. Es preciso darle forma diversa. Morelos no es hombre que se detiene ante una custodia, y lo que pasó en Tixtla con el Cura Mayol debe darnos la indicación de su carácter.

—Pues bien, algún otro medio, replicó Fuentes. Usted es hombre de recursos y de inventiva.

—Necesito tiempo para pensar.

—Con tal que no sea muy largo . . . .

Y Recacho quedó encargado de proponer un completo plan de campaña.

—¿Tiene usted toreros en el Ejército? preguntó Recacho á Fuentes.

—¡Toreros!

—Sí; los necesito para el plan de campaña.

—Pero es que no se trata de matar toros, sino de derrotar á Morelos.

—Lo uno está ligado con lo otro.

—¿Quiere usted acaso que se capee al Cura ó que se le ponga alguna banderilla?

—No, porque si nos embiste, quién sabe cómo salgamos. Mi propósito es otro. Pero ya que usted necesita que se le exponga por completo el designio, comienzo por pedirle cesemos un poco en las bromas y hablemos con seriedad.

—Escucho á usted.

—El 15 de agosto próximo hay una gran función en Chilpancingo. Con soldados nuestros que hayan ejercido el oficio de toreros, improvisamos una cuadrilla, y la despachamos, con instrucciones de que llegue á aquella ciudad por el camino de México y sin que dé lugar á sospechas. Morelos es muy aficionado á las corridas; con toda seguridad la cuadrilla se contrata. Muchos de los jefes y soldados que hay en Tixtla concurrirán á la diversión, y mientras ellos ven toros, nosotros, atacando con violencia, nos apoderamos de la plaza, derrotando á las fuerzas que hayan quedado allí.

—El plan no me parece malo; pero ¿y si Morelos no contrata á la cuadrilla ó no va á los toros?

—Nada hemos perdido entonces. Pero tengo seguridad de lo contrario. Morelos es apasionado de las lides taurinas; es un entretimiento que le recuerda la guerra.

—Bueno, agregó Fuentes; tengo en el Ejército un cabo que fué



espada de alternativa en España. Lo mandaremos llamar, y que él escoja su gente.

—¿Y en cuanto á vestidos? dijo el Oidor.

—El Cura nos proporcionará raso del que está destinado á los santos de la parroquia.

Este proyecto comenzó á tener buen éxito.

La cuadrilla fué contratada; Morelos asistió á la plaza de toros, y, estando en ella, recibió un extraordinario que habían despachado violentamente Galeana y los Bravos, avisando haber sido atacados con furia por todas las fuerzas de Chilapa; pero que estaban resueltos á defenderse hasta morir.

Morelos salió del lugar donde se hallaba, y dictó acto continuo órdenes para que sus tropas marcharan en auxilio de Tixtla.

Un fuerte aguacero que cayó en la noche inutilizó una parte de las municiones de Fuentes.

Al día siguiente las fuerzas españolas volvieron á hacer un enérgico esfuerzo para vencer á Galeana; pero cuando más empeñadas estaban en el combate, apareció Morelos por el rumbo de Cuauh-tlapa. Los soldados de Fuentes oyeron un alegre repique en las torres ocupadas por los defensores de la población, y antes de saber la causa de tal regocijo, tronó á sus espaldas la artillería de los independientes, desconcertando con sus certeras punterías las compactas filas realistas. Fuentes procuró formar cuadro; pero antes de lograrlo, saltaron de las trincheras Bravo y Galeana, acuchillando todo lo que encontraron á su paso. El jefe español tuvo que abandonar el campo, siguiéndolo sus destrozados batallones.

Entonces la caballería de Galeana persiguió á los fugitivos, y vencedores y vencidos entraron mezclados en Chilapa. La resistencia allí no fué, por lo mismo, posible, continuando huyendo la división española. Morelos apoderóse de un considerable material de guerra, é hizo cuatrocientos prisioneros.

—¿Qué se dispone respecto de los presos? le preguntaron en la noche.

—Los voy á enviar como rehenes á Tecpan y á Zacatula. No seré yo el que ensangrienta la lucha; pero si el Gobierno Español mata á los nuestros, se hará preciso pagarle en la misma moneda. Unicamente serán fusilados desde luego los dos traidores de que nos hemos apoderado: Gago, el que nos engañó en Acapulco, y Toribio Navarro, que recibió dinero para reclutar gente y después se pasó al enemigo.

La mañana siguiente aparecieron dos cadáveres colgados en los árboles de la plaza.

Era la manera como anunciaba Morelos que no perdonaría los engaños ni las traiciones.

Después de aquel triunfo, Morelos pensó en continuar su incursión á los alrededores de México y de Puebla.

D. Leonardo Bravo tenía ya todas las fuerzas prevenidas. Morelos formó pronto su plan de campaña. El Ejército caminaría unido hasta Tlapa; allí se dividiría en tres secciones: la primera, á las órdenes de Trujano y de D. Miguel Bravo, marcharía á situarse á los confines de Oaxaca, conteniendo á las tropas enemigas que por aquel rumbo pudieran presentarse; la segunda y principal, con los dos jefes de mayor confianza, D. Leonardo Bravo y Galeana, se encargaría de batir á García Ríos, que estaba en Taxco, y de no dejar ningún otro enemigo á retaguardia; por último, Morelos, con sólo su escolta y ochocientos indios mal armados, seguiría á Chiautla, donde un rico propietario de aquellos contornos, D. Mateo Musito, se jactaba de poder derrotar al Caudillo de la Independencia, habiendo dado á uno de sus cañones el nombre de «Mata Morelos.»

Las disposiciones del General en Jefe se cumplieron puntualmente, y divididas las fuerzas, Morelos, con las que le quedaban, avanzó hacia Chiautla. Musito se había fortificado en el convento de San Agustín de aquella ciudad. Presentáronse los independientes, y comenzó el ataque contra el edificio. Los realistas hicieron una salida; pero pronto se vieron forzados á refugiarse tras los muros de su improvisada fortaleza. Allí los siguen las fuerzas insurgentes, trabándose terrible y encarnizado combate; derrotados los defensores en el patio y en los corredores bajos, toman posición en la escalera sosteniendo desde allí un fuego mortífero; mas los asaltantes hacen un furioso empuje, forzan los atrincheramientos formados en la parte superior, y entran triunfantes. Musito es fusilado sobre las allanadas trincheras, y sus soldados huyen despavoridos por los oscuros claustros del convento.

Este afortunado hecho de armas abrió á Morelos las puertas de Izúcar, donde sus habitantes lo recibieron bajo arcos de triunfo. Allí se le presentó el Cura de Jantetelco, D. Mariano Matamoros, pidiéndole servir en sus filas, á lo que accedió Morelos, adivinando en el nuevo auxiliar uno de los hombres más esforzados que habían de luchar por la libertad de su Patria.

Soto Maceda, con una columna de aguerridos soldados, había salido de Puebla. Morelos se fortificó en el perímetro de la plaza principal de Izúcar. Al cabo de cinco horas de recio combate, Soto Maceda es herido mortalmente, y su segundo cree necesario em-



prender la retirada. Alcanzado en La Galarza por las fuerzas independientes, renovóse la lucha entre las sombras de la noche, y deshechos los realistas, muertos sus principales jefes y perdidos sus cañones, huyeron en dirección á Atlixco, llevando al moribundo Soto Maceda y dejando en poder de los vencedores gran número de prisioneros.

La toma de Puebla era posible. Pero Morelos no había recibido aún noticia de las operaciones de Galeana y Bravo. Estos han derrotado á las fuerzas españolas en Huitzucó y en Tepecuacuilco, y se hallan en aquellos momentos sobre Taxco. Morelos se dirige hacia ese lugar. Cuando llega, Bravo y Galeana han hecho ya capitular á García Ríos; pero éste, después de la capitulación, ha seguido haciendo fuego. Morelos da orden de qué se le fusile sin demora, castigando también con este acto las execrables maldades que aquel jefe español había cometido bajo el pretexto de reprimir á los partidarios de la Independencia.

El plan de Morelos habíase desarrollado admirablemente. El camino para México y Puebla estaba abierto, pues Calleja, con el único Ejército capaz de detener al Caudillo insurgente, se encontraba entonces frente á Zitácuaro. Con sólo un mes que Rayón resistiese en aquella plaza, la causa de la libertad estaría triunfante. Pero aun no había salido Morelos de Taxco, cuando recibió una funesta noticia. Zitácuaro no había podido resistir; en un solo día había caído bajo el esfuerzo de Calleja. Morelos tuvo que modificar todos sus proyectos; se vió obligado á detenerse en su marcha victoriosa. . . . . Las circunstancias, más fuertes que su voluntad, habíanse interpuesto en su senda, viniendo á echar por tierra el hermoso ideal que él se había formado sobre el próximo establecimiento de la Independencia de la colonia.

### CAPÍTULO III.

#### CUAUTLA.

Cuautla, en el año de 1812, sufrió el soplo de la tempestad y de la guerra, quedando, sin embargo, en pie, como una fortaleza levantada por las manos de la Libertad. Su pequeño conjunto de casas desafió durante setenta días el fuego constante de los cañones enemigos. Si la sangre derramada junto á sus improvisados muros saltara de repente de la tierra que la absorbió, se enrojecería el río

que corre en sus orillas, y con los huesos de los que murieron entonces, podría formarse una pirámide ó una montaña.

El 13 de febrero del año referido, Calleja salió de México con el Ejército del Centro á atacar á Morelos, que se había fortificado en aquel lugar. El 18, hizo un reconocimiento en la loma de Coahuixtla, y quedó señalado para el día siguiente el asalto de la plaza.

Al frente de Cuautla se distinguía el brillo de seis mil fusiles: en todo lo que la vista podía alcanzar, el acero brillaba á lo largo de las líneas belicosas del Ejército Español. Allí estaban los mejores soldados sostenedores de la autoridad real; los que habían vencido en mil combates; los ceñidos con los laureles de Aculco y Calderón y con los más frescos aún de Zitácuaro. Oviedo se hallaba al frente de los patriotas de San Luis; el Conde de Casa Rul mandaba el Batallón de Guanajuato; los granaderos y el Regimiento de la Corona imitaban en su actitud guerrera el porte de las legiones napoleónicas, y los escuadrones de Zamora, San Carlos, Tulancingo, España, Armijo y Morán hacían caracolear sus caballos, impacientes del freno, y ostentaban con orgullo el encendido color escarlata de las banderolas de sus lanzas.

Después de amanecer se dió la señal de combate, y aquel Ejército se puso en movimiento. Una nube de humo envolvió pronto á la plaza de San Diego, nube que rasgaban como lenguas de fuego las descargas de la artillería española. Mas defendía aquel punto el bravo Galeana; sus soldados eran los mejores con que contaba Morelos; eran aquellos mismos negros de la costa que en Chichihualco habían parecido diablos á la tropa de Garrote y que se hallaban también envanecidos por una larga serie de triunfos. El choque, por lo mismo, fué terrible; se peleó cuerpo á cuerpo; los combatientes, no pudiendo disparar sus fusiles, servíanse de ellos para golpearse con rabia. Al fin, los realistas no lograron ocupar las trincheras, y se retiraron un momento, dejando entre los muertos á sus dos mejores Coroneles, Oviedo y el Conde de Casa Rul.

Calleja, que venía en un coche á retaguardia, no podía creer las noticias que se le comunicaban. El se hallaba acostumbrado á vencer. Toma su caballo, y manda que se repita el ataque horadándose las paredes divisorias de las casas que forman ambas líneas de la calle, para marchar cubiertos hasta la fuerte posición de San Diego. Los soldados del Rey entran en las miserables chozas matando á los habitantes pacíficos refugiados en ellas, no perdonando en su ciega rabia ni á las mujeres ni á los niños. Mas allí también encuentran á Galeana y á su sobrino D. Pablo, que les salen al paso. El famoso cañón llamado «El Niño» y las granadas de ma-